



RECLAME el NO
y ciudad abierta



GESTO

En un corte del almuerzo de Mirtha Legrand, la titular de Abuelas de Plaza de Mayo, Estela Carlotto, contó, todavía emocionada, un llamado que la había sorprendido por la mañana. "Me gustaría que nos acompañes en el acto del Colegio Militar, cuando bajemos los cuadros de Videla y Bignone", escuchó que le decía la voz del presidente Kirchner. Ella se negó suavemente y explicó los motivos a los que la escuchaban: "Tuve miedo de que el gesto fuese usado para desnaturalizar la decisión".

Página/12

el país a diario

Buenos Aires, jueves 25 de marzo de 2004 - Año 17 - Nº 5517

Precio de este ejemplar: \$1,50 - Recargo venta interior: \$0,30

En Uruguay: \$30 - Opcional CD Bob Marley: \$8 - Opcional Video "Sol de Noche": \$10

UN 24 DE MARZO DISTINTO

Después de sacar los retratos de Videla y Bignone del Colegio Militar, Kirchner firmó con Ibarra el traspaso de la ESMA a los organismos de derechos humanos para hacer el Museo de la Memoria. Ante una multitud, destacó la importancia histórica de la decisión **Páginas/2 a 9**

"VENGO A PEDIR PERDON DE PARTE DEL ESTADO"



Opinan 2 J. M. Pasquini Durán 3 Martín Granovsky 4 Horacio Verbitsky, Joan Manuel Serrat, Víctor Heredia, Lilia Ferreyra 6 Luis Bruschtein 7 Sandra Russo 8 María Fuentes Walsh 9 Sergio Moreno 32 Mario Wainfeld

A los 28 años del golpe, decenas de miles de personas convocadas por los organismos de derechos humanos y partidos de izquierda confluyeron a Plaza de Mayo en reclamo de cárcel efectiva para los represores y la anulación de los indultos

La larga marcha



KIRCHNER CONVIRTIO LA ESMA EN MUSEO

"La verdad es la

Por Victoria Ginzberg

El presidente Néstor Kirchner pidió perdón de parte del Estado nacional "por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades". Lo hizo luego de concretar con el jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Aníbal Ibarra, el convenio que convertirá lo que fue el mayor centro clandestino de detención de la Marina en "un espacio para la memoria y promoción de los derechos humanos". Después de la firma de ese documento, las rejas de la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) se abrieron y el público, que esperaba afuera, fue accediendo al predio. Los HIJOS llevaban claveles rojos que dejaron en el piso junto a la puerta de madera del edificio principal. Sobre las flores, las fotos de los desaparecidos Mirta Alonso y Oscar Hueravillo devolvían las miradas en blanco y negro. Su hijo, Emiliano, nació en la ESMA y ayer fue uno de los oradores del acto. Un cincuentón, de rulos y barba canosa dejó colgada de la manija una hoja blanca en la que había escrito con marcador negro: "Seguimos adelante compañeros".

Las Madres de Plaza de Mayo (Línea Fundadora), las Abuelas, los Familiares y miembros de otros organismos de derechos humanos llegaron a la ESMA temprano, para poner en las rejas que rodean el predio una gran bandera con las fotos y los nombres de cientos de desaparecidos. Como el viernes pasado, cuando los sobrevivientes entraron a lo que fueron sus celdas y salas de torturas para reconocer el sitio, las víctimas que nunca salieron de allí estaban presentes.

Antes de la llegada del Presidente y su gabinete, Mabel Gutiérrez, de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas, leyó un documento firmado por doce agrupaciones. "La ESMA, a partir de hoy, será patrimonio del pueblo argentino. La decisión política del presidente de la Nación lo ha hecho factible. Esto es el fruto de que en estos 28 años los organismos de derechos humanos, los familiares, los sobrevivientes, los exiliados y el pueblo hemos mantenido nuestras banderas de verdad y justicia y preservado la memoria para que nunca más se repitan los crímenes del terrorismo de Estado", afirmó.

El sol pegaba fuerte cuando Ibarra y Kirchner se aproximaron al palco cubierto por una alfombra roja en el que habían colocado dos sillas de respaldo alto y una mesa. Los funcionarios no se sentaron. La firma del acuerdo de creación del Museo de la Memoria duró unos pocos minutos.

Con la llegada del Presidente se abrieron las rejas de entrada de la ESMA. Los organismos de derechos humanos habían consensuado no ingresar al predio. La decisión obedecía en parte a que querían estar afuera con la gente. Pero muchos de los miles que habían ido a presenciar el hecho (el Gobierno los estimó en 40 mil) querían entrar, atravesar la barrera militar. Los HIJOS, además, tenían 500 claveles rojos que querían dejar dentro del lugar.

Hombres y mujeres de todas las edades caminaron lento. Bordearon el palco y se dirigieron a la entrada del edificio principal, cuya fachada

En un emocionante acto, donde participaron decenas de miles de personas, el predio de la ESMA fue cedido a la Nación para convertirse en Museo de la Memoria. El Presidente recordó a los ausentes y pidió perdón en nombre del Estado. Heredia, Gieco y Serrat cerraron la ceremonia con sus himnos.

se convirtió en el símbolo de la ESMA. Las flores quedaron bajo la puerta de madera junto con carteles y fotos de desaparecidos. Una pancarta amarilla, del estilo de una señal de tránsito, señalaba "aquí muchas desaparecidas dieron a luz y sus bebés fueron robados por los genocidas". Jóvenes y mayores no pudieron contenerse, lloraban abrazados. Una Madre pequeña levantaba todo lo alto que podía su cartel en el que explicaba que Carlos Alberto Rizzo Molina era un civil de la ESMA y recordaba en voz alta cómo durante la dictadura había entrado a ese mismo sitio para hablar con el director de la escuela, Rubén "Delfín" Chamorro, y preguntarle qué había pasado con Carlos.

En medio del dolor, los chicos del grupo de arte Etcétera aportaron algo de humor. Uno de sus miembros se había disfrazado de Jorge Rafael Videla y sostenía un marco a través del cual se veía su cara. "Devuelvan el óleo", gritaba, en alusión al cuadro del dictador que fue robado del Colegio Militar.

Terminada la ceremonia frente a la ESMA llegó el momento de los discursos, que se hicieron en un escenario colocado en una calle lateral. Antes se escuchó el Himno Nacional, en versión de Charly García. Se vieron algunos puños en alto y muchos dedos en ve. Kirchner y su mu-

jer, Cristina Fernández, se emocionaron y tuvieron que limpiarse las lágrimas. El Presidente lo señaló en su discurso: "Cuando recién veía las manos, cuando cantaban el Himno, veía los brazos de mis compañeros, de la generación que creyó y que sigue creyendo en los que quedamos que este país se puede cambiar". Kirchner habló como militante de la década del '70, pero también como Presidente. Y señaló explícitamente esa diferenciación. "Las cosas hay que llamarlas por su nombre y acá, si ustedes me permiten, ya no como compañero y hermano de tantos compañeros y hermanos que compartimos aquel tiempo, sino como Presidente de la Nación Argentina vengo a pedir perdón de parte del Estado nacional por la vergüenza de haber callado durante 20 años de democracia por tantas atrocidades. Hablemos claro: no es rencor ni odio lo que nos guía, me guía la justicia y lucha contra la impunidad. Los que hicieron este hecho tenebroso y macabro de tantos campos de concentración, como fue la ESMA, tienen un solo nombre: son asesinos repudiados por el pueblo argentino", dijo.

Antes de Kirchner hablaron Ibarra y tres jóvenes que nacieron en la ESMA. La actriz Soledad Silveyra leyó un poema que la desaparecida Ana María Ponce—compañera de militancia del Presidente—escribió mientras estaba secuestrada en ese centro clandestino de detención: "Entonces vuelvo a mirarme/los pies/ y están atados/las manos (...) el cuerpo/ y está preso/ pero el alma/ ¡ay! el alma, no puede/ quedarse así/ la dejo correr/ buscar lo que aún/queda de mí misma/ hacer un mundo con retazos/ y entonces río/ porque aún puedo/ sentirme viva".

Ibarra tuvo que remontar los chillidos que se escucharon cuando comenzó su discurso en el que señaló que "se terminó la época del país cuartel, en el que se les daban hectáreas y hectáreas a las instituciones militares". Conseguida la atención de los presentes, recordó a su compañera del colegio secundario, Franca Jarach, que también estuvo secuestrada en la ESMA.

Emiliano Hueravillo, María Isabel Prigione y Juan Cabandí representaron sobre el escenario a los niños nacidos en la ESMA y a todos los hoy jóvenes que fueron apropiados por la última dictadura. Prigione, de la agrupación HIJOS (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), leyó un discurso en el que destacó el reclamo para que "vayan presos a una cárcel común, con cadena perpetua, cada uno de los secuestradores, torturadores y apro-



Kirchner y la senadora Cristina Fernández cantan el Himno. Entre ellos, en el escenario, un chico de H.I.J.O.S.

Por primera vez en 28 años, además de los sentimientos de siempre, este 24 de marzo fue una jornada de jubilosa conquista. La Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA) será, de hoy en adelante, parte del patrimonio popular y en su predio residirá el futuro Museo de la Memoria por decisión de la más alta representación institucional del sistema democrático, el presidente de la Nación. Los portones de tétrica fama se abrieron ayer para que los luchadores por los derechos humanos,

verdaderos héroes de esta conquista, pudieran ocupar con

Conmovedor

Por J. M. Pasquini Durán

la emoción pero sin miedo uno de los emblemáticos territorios del horror. En un día de bochornoso calor, el viento de libertad refrescó el alma de tantos y honró a la Argentina entre los pueblos civilizados del mundo. Fue conmovedor.

En nombre del Estado, el presidente Néstor Kirchner pidió perdón por los veinte años transcurridos en la indiferencia de los sucesivos gobiernos surgidos de las urnas. Con excepción de la tarea cumplida por la Conadep y el Juicio a las Juntas Militares, no le faltó razón al juzgar las dos últimas décadas. No hubo sólo indiferencia ante las demandas de verdad y justicia, sino que la impunidad recibió amparo de los poderes del Estado. Los dos mayores partidos, radical y peronista, no impidieron el asalto militar en 1976 y cuando se derrumbó la dictadura, desde 1983 hasta ahora, tampoco se hicieron cargo de las consecuencias. Esa resignación cupular no impidió, por supuesto, que el terrorismo de Estado hiciera estragos también en las bases y cuadros medios radicales y peronistas, pero esas víctimas fueron olvidadas, igual que todas las otras, al momento de conciliar con los poderes que sustentaron a la dictadura y con sus verdugos. Por eso, el perdón estuvo bien pedido y clausuró la etapa de la indiferencia.

Como era previsible, los gestos presidenciales, que incluyeron la orden de retirar los cuadros que recordaban a Videla y Bignone en una

suerte de hall de la fama del Colegio Militar, produjo estremecimientos de un extremo a otro del arco político-ideológico. Los conservadores acusaron al Presidente de mirar el pasado con un solo ojo y ciertos núcleos de la izquierda descubrieron que tiene dos lenguas. Para cualquier ciudadano no es difícil entender que actos como los de ayer, incluida la tradicional marcha vespertina convocada por 190 organizaciones sociales, no cambian la vida de las

mayorías que hoy seguirán sin empleo y con hambre. Ni siquiera está dicha la última palabra en materia de derechos humanos, donde tanto falta por lograr. Cada paso de éstos, sin embargo, es un puntal más que sostiene los principios de la libertad y la justicia, hasta que su fuerza haga posible que transformen el cuadro general de situación. La economía no la van a cambiar Lavagna y Krueger sino la libertad y la justicia.

Algunos gobernadores peronistas, acostumbrados por la vieja política a mirar la realidad por la cerradura de sus internas partidarias, se han quejado en público porque fueron "discriminados" y en privado no faltaron comentarios sobre las manipulaciones cuasi demagógicas de Kirchner. Que el Presidente busca rédito político y aún acumulación de poder personal mediante el ejercicio de sus convicciones, ¿quién puede dudarlo? Es un político profesional y actúa como tal. Lo que importa es el rango y la naturaleza de sus convicciones, que no son las mismas de Carlos Menem, que aduló a la sociedad con mentiras sobre el progreso y hasta se jactó del fraude cuando afirmó que nadie lo hubiera votado si anticipaba lo que sería su obra de gobierno. Es probable que Kirchner no sea tan de izquierda como pretende la derecha ni tan hipócrita como supone la desconfianza de izquierda. Trabaja día por día y caso por caso y así hay que juzgarlo, por su obra y no por las hipótesis interesadas o de gabinete, y menos por los prejuicios ideológicos.



Los presentes ingresaron masivamente por primera vez a la ESMA. No hace tanto fue el campo de concentración más grande de Sudamérica.

Y UN CHICO RECUPERADO DEFINIO EL DIA

libertad absoluta"

Gonzalo Martínez



Decenas de miles de personas se acercaron a la ESMA para participar del histórico acto de ayer. Nada impidió la presencia de la multitud en un día donde la temperatura y el sol fueron extenuantes.

piadores de bebés". Como habían hecho los organismos de derechos humanos, solicitaron que otros sitios en los que funcionaron centros de detención sean utilizados para recordar y explicar lo que ocurrió durante la dictadura. Pidieron que el Estado recupere los archivos que sobre la represión ilegal que estén en manos de las fuerzas represivas y que se comprometa a encontrar a los jóvenes que fueron secuestrados y aún no conocen su identidad. "Sepan que los estamos buscando", les dijo. Kirchner sólo se abstuvo de aplaudir cuando la joven mencionó que reclamaba

que no se pagara la deuda externa. Cabandí habló desde su experiencia. Hace sólo dos meses vivía sin saber que era hijo de desaparecidos. Buscó, hasta que encontró, con ayuda de las Abuelas de Plaza de Mayo, su verdadera identidad biológica. "Soy el nieto 77", se definió y relató que "bastaron los quince días que me amamantó mi mamá para que yo les diga a mis amigos que me quería llamar Juan". Con mirada clara, nervioso pero con la voz firme, Juan aseguró que "la verdad es la libertad absoluta" y que hoy podía decir que él era "Damián y Alicia", sus papás de-

saparecidos. Después llegaron León Gieco, Víctor Heredia y Joan Manuel Serrat; llegaron *La memoria, Para la libertad, Todavía cantamos* y, como si fuera otro himno, *Sólo le pido a Dios*. Después, la desconcentración. Los manifestantes volvieron a entrar a la ESMA, recorrieron el parque, entraron al Casino de Oficiales, cantaron el himno en el salón central del edificio principal, tiraron papelitos e hicieron algunas pintadas. Fue un momento de descarga dentro del lugar que, hasta no hace mucho, fue el campo de concentración más grande de Sudamérica.

EL DIA QUE SE ABRIERON LAS PUERTAS DE LA ESMA

De recorrida por el infierno

Por Martín Piqué

Algunos no se animaban a seguir. Veían el techo a dos aguas y los dos sombríos salones del tercer piso, en el casino de oficiales de la ESMA, y no querían ver más. Bajaban las escaleras y se quedaban mirando desde el piso. Otros, los más, subían en silencio hasta que llegaban a ese salón del tercer piso que habían visto en la tapa de los diarios. Era "Capuchita", donde los desaparecidos esperaban su destino entre tabiques de madera, engrillados, esposados, encapuchados. Ayer, después de que cantaran Serrat, Gieco y Heredia, una multitud espontánea se juntó en ese lugar. Entre la gente caminaban ex prisioneros de la ESMA, como Carlos Loza, secuestrado el 16 de diciembre de 1976, o familiares de víctimas de la dictadura, como la viuda de Angel Giorgiadis, Teresa Piñero.

Cuando se atravesaban la puerta, el edificio principal o la mayor parte de las instalaciones, se notaba una cierta tensión, que se digería en silencio -salvo para un grupo que hizo algunos destrozos y que se convirtió en lo más saliente del día para Radio 10-. El clima era distinto en el casino de

oficiales. Allí la gente recorría en silencio, hablaba en voz baja y sobre todo escuchaba a quienes habían estado secuestrados. "Yo estuve acá", dijo Carlos Loza señalando un rincón del altillo de la ESMA, conocida como "Capuchita", donde se encuentra el tanque de agua del edificio. Bastó que dijera eso para que se juntara un grupo a su alrededor.

Mientras unas diez personas lo miraban en silencio, Loza trataba de recordar los pequeños detalles: la ventana al ras del piso -"en aquella época estaba pintada de azul"- y la distancia hasta el tanque de agua. Entre éste y el piso hay un espacio de unos diez centímetros. Por más mínima que parezca, esa rendija era fundamental para la comunicación entre los presos. "Cuando nos trajeron a mí y a otros tres compañeros, nos recibió un chico de la JUP de Arquitectura, Hernán Abriata, que nos dijo desde el otro lado: 'Levántense la capucha que soy un detenido como ustedes'. Fue un soplo de vida para nosotros", contó Loza con el ánimo notablemente tranquilo. Su esposa y sus dos hijos lo miraban de cerca. Loza estuvo 21 días detenido en la ESMA, lo liberaron el 6 de enero de 1976, a la madrugada, en las cercanías de San Fernando.

Mientras Loza y otros ex detenidos seguían contando sus vivencias, se fue juntando mucha gente en el altillo. Entre ella estaba Teresa "Teté" Piñero, esposa de Angel Giorgiadis, uno de los montoneros asesinados en la Unidad 9 de La Plata. Piñero se puso a charlar con Loza y le mostró un anillo de hueso que su marido le había hecho en prisión. Se escuchaban preguntas y comentarios muy bajitos. Se veían ceños fruncidos de contener el llanto. En silencio, las cámaras estaban rodando.

"No nos vencieron", repetía Piñero al mismo tiempo que observaba el sitio más paradigmático de la represión. Loza escuchaba sin dejar de mirar. Trataba de recordar el panorama que se veía desde ahí en el verano de 1976, cuando se quitaba la venda para espiar hacia la General Paz. "Desde acá se podía ver un cartel grande de Gillette", contó reclinado sobre una de las ventanas del ala izquierda de "Capuchita". Pero luego miró hacia el otro lado, hacia el tanque de agua, desde donde le daba aliento el desaparecido Hernán Abriata a fines de 1976. "Ahora ya está. Ya comprobé que Hernán no está más acá. Porque la última imagen que tuve de él fue en la ESMA", recordó Loza, cuyo hijo se llama, claro, Hernán.

¿Cuántos eran los que saltaban sobre las baldosas limpias y brillantes de ese recinto con techo a dos aguas y balcones que daban a un recinto cerrado mayor que una cancha de básquet? Imposible saberlo. Pero todos hacían lo mismo. Entraban, gritaban, saltaban y salían. Entraban, gritaban, saltaban y salían. Y pensaban. Y lloraban.

Una consigna es una consigna. Y suele gastarse. Pero cuando se repite durante media hora, se convierte en un ritual. "Como a los nazis/ les va a pasar/ adonde vayan/ los vamos a buscar."

No había ningún marino de la dictadura a la vista en esa construcción que tenía dos ventajas: era grande y era cerrada, como para permitir una explosión de sentimientos bien adentro de la Escuela de Mecánica de la Armada. Tampoco alcanzaban las referencias de las calles interiores: Bouchard y Jorge. El primero, un marino de San Martín. ¿Y el segundo? Tampoco informaban nada especial las placas del exterior, puestas allí por las víctimas del incendio del rastreador Fournier en 1950. Unas habían sido arrancadas, seguramente las de los oficiales. Quedaban en pie las de los marineros. Dentro de ese recinto enorme había solo una frase en lo alto: "Lealtad y eficiencia". Lealtad y eficiencia, ¿para qué?

Un gordo grandote hizo ondear una bandera. Los que estaban en ese momento llenando el salón cantaron el Himno. Terminaron a los gritos, pero sin crispación.

Hasta hubo papelitos al final, en el "O juremos con gloria morir". Pero no era el himno patriero de la cancha cuando juega la selección, ni el himno formal de la escuela. Difícil definirlo, pero sonaba distinto. Nuevo.

Ayer, los que entraron a la ESMA antes del acto y después del acto hicieron su aprendizaje hasta para cantar el Himno. Estaban en un cuartel y no lo estaban. Sentían, o presentían, la autoridad militar pero a la vez la desafiaban. Podían hacerlo, porque nada menos que el Presidente y el jefe del Gobierno porteño habían arreglado convertir la ESMA en un museo. Y el Presidente, además, había hecho la jugada fuerte de abrir las puertas de la ESMA apostando a que todo no pasaría de algún destrozo menor, tal como sucedió.

¿O estaban en un cementerio? Parecía, por momentos. El silencio en algunos rincones, las arboledas, las calles excesivamente rectas, los cruces a 90 grados exactos. Pero si la gente deambulaba callada, o abrazándose fuerte, se asemejaba a cortejos cruzando en desorden, delante de esos cortejos faltaban las tumbas y la certeza burocrática de los cementerios.

La única certeza, ayer, en la ESMA, estaba en la imagen que cada uno llevaba encima. Imagen traducida en amigos que faltan, en hijos, en hermanos. También en chicos nacidos allí mismo, como los dos que hablaron antes de Aníbal Ibarra y Néstor Kirchner. Sobre todo el segundo, cuando dijo con una sencillez pasmosa: "Encontré la verdad hace dos meses". La verdad era su identidad real, recuperada a los 27 años.

Estos chicos son hoy mayores que sus madres cuando los tuvieron en cautiverio y que la

mayoría de los secuestrados de entonces. En las rejas había carteles. Un cartel muestra las fotos y cuenta las historias de Alicia Bianco, desaparecida el 30 de abril de 1976 a los 23, y de Mary Ponce de Bianco, fundadora de las Madres de Plaza de Mayo, desaparecida a los 53 en la Iglesia de la Santa Cruz, en diciembre de 1977, cuando Alfredo Astiz se infiltró para desarmar uno de los primeros grupos de resistencia eficaz a la dictadura.

A pesar de que el sol pegaba, un adolescente se subió a una de las torretas de vigilancia, se quitó la remera roja y la colgó. "Nunca más", se leía en letras amarillas, por el agujero de los fusiles. Del otro lado de la calle, fuera de la ESMA, una pareja jugaba tenis. ¿Cuántos jugaron en el mismo lugar hace casi 30 años sin saber que en la ESMA se mataba? ¿Cuántos lo sospechaban? ¿Cuántos podían intuirlo y estar de acuerdo? Pero ayer hasta la cotidianidad indiferente del tenis parecía distinto, y también daba una impresión diferente -otra vez: extraña- la visión de ese tipo de treintaytantos pedaleando dentro de la ESMA con su bolso en la bici, como recién salido de una sesión de gimnasia. Simplemente miraba, ensimismado como el resto, cada uno con su propia historia a cuestas. O con su propia curiosidad, en algunos casos nueva y en otros ya veterana de tantas denuncias e investigaciones.

Los museos, en general, contestan las preguntas y cierran las respuestas, como si las cristalizaran. Sería buenísimo que no pasara lo mismo con el museo de la memoria que funcionará en la

ESMA. Igual, es difícil que la ESMA se convierta en un museo más, porque su característica, y ésta quizá sea la gran novedad, la apabullante perplejidad de ayer, es que la ESMA no fue un simple cuartel, ni un cementerio, ni un sitio de batallas históricas, sino un campo de concentración ubicado en una zona residencial y deportiva de Buenos Aires. Y un campo de concentración es una fábrica de torturados y muertos que se distingue por una clandestinidad que jamás tiene que ser absoluta. Es suficientemente clandestina para garantizar la eficacia de la desaparición. Pero no lo es totalmente porque debe servir para desparramar un terror sordo, pesado y denso, y a la vez bien palpable.

Quien haya pisado Dachau o Buchenwald, en Alemania, puede haber experimentado esa sensación de desconcierto e intranquilidad, y no solo de profunda amargura, que empezó a provocar la ESMA en los primeros visitantes. Ayer, cada uno llevaba su propia carga de historia. De ahora en adelante habrá que contarla para los que lleguen con menos carga propia. La clave será narrarla sin transformar la intranquilidad en una serie de verdades fáciles. Porque para ningún ser humano es fácil asimilar que una chica haya parido en el infierno, como decía ayer una psiquiatra. O admitir, como escribió una vez el italiano Primo Levi, él mismo sobreviviente de Auschwitz, que alguien pueda morir por un sí o por un no.

Morir por un sí o por un no

Por Martín Granovsky